

NARRATIVAS COLONIALES: EXPLORACIÓN Y EXTERMINIOS.  
VIAJE AMAZÓNICO DE FRANCISCO DE  
ORELLANA NARRADO POR FRAY GASPAR  
DE CARVAJAL

Ileana Rodríguez

Ileana Rodríguez hace un acercamiento crítico a la crónica de fray Gaspar de Carvajal sobre el viaje de Francisco Orellana en 1541 por el río Amazonas. La autora pone en relieve, en Carvajal, los puntos de intersección de las narrativas utópicas agrarias (los paisajes del ojo productivo, comprendidos en etnografías y censos) y las narrativas de guerra (los paisajes del ojo predador, comprendidos en una especie de economía política) y así subrayar los tropos de una tradición que hoy subyace en las narrativas post-modernas de colonización, tanto las que representan a seres humanos hiperbólicos - desde Rambos a Cyborgs - como las de investigación, desarrollo y globalización.

Ileana Rodríguez take a critical approach to friar Gaspar de Carvajal's chronicle about the journey of Francisco Orellana in 1541 down the Amazon. The author emphasizes, in Carvajal, the points of intersection between the utopian agrarian narratives (the landscapes of the productive side, included in ethnographies and censuses) and the war narrative (a kind of political economy. This way he underlines tropes of a tradition that y behind the post-modern narratives about colonization, both those that represent human hyperbole - from Rambos to Cyborgs - and those that deal with research, development and globalization.

*Para que mejor se entienda el progreso total de los acontecimientos en relación a este viaje, debe primero explicarse que este capitán Francisco de Orellana era capitán y gobernador ... de la ciudad de Santiago ... que queda en la provincia del Perú; y en vista a los numerosos reportes que circulaban concernientes a un país donde existía la canela, por el deseo de servir a Su Majestad al explorar tal dicha canela ... se fue al pueblo de Quito, donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro, a verlo y a ponerlo en posesión de dicho territorio (Gaspar de Carvajal)*

La primera entrada o avanzada europea a la región amazónica de la que tenemos noticia hoy sale del Perú y tiene como pretexto la anécdota citada narrada por el fraile dominico Gaspar de Carvajal. Después de Carvajal, muchos otros europeos escribieron sobre su experiencia en el Amazonas, entre ellos Jean de Léry (1578), Sir Walter Raleigh (1596), Antonio Vieira (1650), Charles Marie de La Condamine (1745), Francisco Xavier de Mendonça Furtado (1751), Alexander von Humboldt (1850), para mencionar sólo a los más canónicos.<sup>1</sup> Así empieza un cuerpo bibliográfico sobre el Amazonas que engendra una amplia gama de datos narrados en todo tipo de formatos y que se prolonga en nuestros días en la ficción de

<sup>1</sup> Marcos Carneiro de Mendonça (Ed.) *A Amazonia Na Era Pombalina. Correspondencia Inedita do Governador e Capitao-General do Estado de Grao Pard e Maranhao: Francisco Xavier de Mendonça Furtado*. Brasil: Instituto Historico e Geografico Brasileiro, 1963; Alexander Von Humboldt. *Views of Nature: or Contemplations on the Sublime Phenomena of Creation with Scientific Illustrations*. E.C.Otte, and Henry G. Bohn (Tr). London: Henry G. Bohn, 1850; Sir Walter Raleigh. *The Discoverie of the Large, Rich and Bewtiful Empyre of Guiana, with a relation of the great and Golden Citie of Manoa (which the Spanyards call El Dorado) And of the Provinces of Emseria, Arroimaia, Amapaia, and other Countries, with their rivers, adioyning. Performed in the yeare 1595 by Sir W Raleigh Knigh, Captaine of her Maiesties Guard, Lo. Warden of the Stanneries, and her Highnesse Lieutenant Generall of the Countie of Cornewall*. Amsterdam: Da Capo Press, 1968. A facsimile of Robert Robinson's imprint in London, 1596; Antonio Vieira. *Sermoes*. Padre Goncalo Alves (Editor). Porto: Lello & Irmao Editores, 1959; *Cartas no Padre Antonio Deira*. J. Júcio D'Azevedo. Coimbra: Imprensa de Universidade, 1925. Vol. 1; Charles Marie de la Condamines. *Voyage sur L'Amazone*. Paris: La Decouverte, 1981.

Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier y Werner Herzog cuyo punto de entrada al Amazonas sigue siendo Perú.

Al principio, el propósito explícito de estas incursiones es únicamente cartográfico. Se trata simplemente de establecer las coordenadas geográficas de los «nuevos» territorios; de indicar las medidas aproximadas, las distancias entre un lugar precariamente conocido y otro desconocido. Pero justamente al intentar la descripción del terreno, los europeos se encuentran interceptados por la «variable» gente, de tal manera que las cartografías de esas «tierras deshabitadas,» o *terra nullis* llevan implícitas, en su averiguación las fronteras, esto es, la descripción de la organización política que da lugar a las jurisdicciones, y ésta, a su vez, los modos de producción y relaciones sociales entre los diversos habitantes de la región explorada. Averiguar esto para después delimitar otras funciones les lleva siglos. Pero ¿cuáles son las funciones que se quieren delimitar después de averiguar las localizaciones geográficas? Eso varía según los diseños imperiales. En el caso de los españoles como Carvajal, se trata de asentamientos y explotación; en la de los ingleses como Raleigh, de la extracción de riquezas; en el de los alemanes como Humboldt, de la cartografía de los recursos naturales; en el de los portugueses como Vieira, de la hegemonía política.

En este ensayo estudio la relación entre sujeto y representación como esa distancia inferior señalada por Euclides da Cunha en su famoso texto, *Un Paraíso Perdido*, entre el Amazonas real y la imagen subjetiva que de él se tiene; aquello que Annette Kolodny, hablando del concepto de «frontier» en Norteamérica, dice ser una manera de apropiarse el paisaje a través de la significación, y que Julio Ramos en su lectura de Domingo Faustino Sarmiento interpreta como el acto de llenar un vacío y poblar el desierto Americano con las estructuras de la modernidad. Michel de Certeau expresa esta misma idea poéticamente como el gesto que su intento de abarcar el todo abraza sólo vientos, imagen que hace eco a la de Antonio Cornejo Polar de escribir en el aire. Es decir, aquí me ocupo de discernir el problema de la distancia entre la experiencia empírica y la experiencia cultural de una zona geográfica. Mi texto es la narrativa de fray Gaspar de Carvajal

sobre el viaje de Francisco Orellana en 1541 por el río Amazonas. Mi tesis es que la lectura de las narrativas de exploración con *ojos* subalternos permite entender que las cartografías se producen a través de un sistema de intersecciones narrativas donde convergen varias disciplinas. Mi intención es poner de relieve, en Carvajal, los puntos de intersección de las narrativas utópicas agrarias (los paisajes del ojo productivo, comprendidos en etnografías y censos) y las narrativas de guerra (los paisajes del *ojo* predador, comprendidos en una especie de economía política) y así subrayar los tropos de una tradición que hoy subyace en las narrativas postmodernas de colonización, tanto las que representan a seres humanos hiperbólicos - desde Rambos a Cyborgs - como las de investigación, desarrollo y globalización.

#### **Narrativas utópicas agrarias: paisajes del ojo productivo, etnografías y censos**

En la narrativa de Carvajal como en la de Cristóbal Colón, un viaje en busca de especies conduce al encuentro con «lo nuevo» -el río y los ribereños; una repetición del tropo de las especies, la navegación, el descubrimiento y la guerra, a seguir trabajando el tópico de fronteras y orillas de etnias. Siguiendo su compás, Carvajal empieza a escribir la naturaleza como algo genérico -raudales, confluencias, ramales, velocidad de las corrientes, remolinos, tormentas, torrentes, animales. En el espíritu de la época, su descripción del río nos informa sobre asuntos empíricos relativos a la navegación - velocidad de corrientes, profundidad del río, dirección y confluencias -, sin dejar de lado en ningún momento la subjetividad que se expresa en el placer de los sentidos (la estética de la contemplación), las ideas de la salvación (ideología Cristiana), y la necesidad de la agricultura y horticul-tura (producción y comercio de alimentos), elementos amalgamados en su composición descriptiva.

En lo que respecta al placer de los sentidos, si es que podemos separar uno de los hilos discursivos, la estética de la contemplación del Amazonas se inscribe en una visión agraria utópica, mediatizada por una vasta gama de códigos europeos sobrepuestos sobre el paisaje natural amazónico. En

Carvajal, la naturaleza misma toma la forma y figura de lo que Kenneth Clark llama un paisaje agrario del renacimiento, que organiza, en el mejor de los casos, una enciclopedia de asuntos alegóricos o estereotípicos en el estilo de herbalistas o ilustradores de calendarios -cosas naturales, bosques, selvas, mosquitos, pescados, tortugas, manatíes. Lo «nuevo» es un vasto campo de posibilidades que no sólo permite sino incluso alienta el placer estético de la contemplación del paisaje, lo que Kenneth Clark llama mirar *«las flores y los árboles no sólo como objetos de delicia, sino como prototipos de lo divino»*.

En diálogo con estas ideas, Enrique Dussel en su trabajo sobre el «descubrimiento» de América como, experiencia cuasi-científica, estética, contemplativa, poética, tecnológica, administrativa, comercial, va a venir a observar que en la superposición de códigos y el cruce entre la visión empírica y la visión cultural los europeos empiezan a «inventar su propia imagen y semejanza» (1994:35). En lo estético, «lo nuevo» no es descubierto como algo que resiste, diferente. No es el «venir a ser del Otro,» sino la «proyección del mismo: una cobertura» (35). Y por eso mismo, como sostiene Greenblatt, las palabras son, *«en algún ... sentido escritas como lugares vacíos»* (1992:53), resguardos de significación a llenar a placer en el futuro según convenga.

En esta misma vena, el sujeto imperial/colonial, a veces sigue en su descripción los preceptos del mundo medieval, rindiendo una visión del bosque como paisaje de símbolos; otras, transmite las ideologías generales del renacimiento, que enfatizan el comercio y subrayan la utilidad de las riquezas y posesiones, y por tanto fomentan una contemplación utilitaria del paisaje. Estética y comercio marchan al unísono, apoyándose una a otra. Necesidades, ambiciones, deseos, urgen la proyección de lo «viejo» en «lo nuevo.» Desde este punto de vista, las narrativas de exploración son coberturas que reproducen las convenciones europeas, y ven al Amazonas a través de la convergencia de jardines, huertos, bosques, campos agrícolas e inversiones. Muchos de los pasajes de Carvajal ilustran cómo él confiere a la jungla los rasgos del jardín y la huerta.

Pero hay algo más en la prosa de Carvajal que se registra como exceso o discrepancia entre la visión empírica del lugar y el aparato imaginario instalado en la mente de los exploradores para narrar lo encontrado. En primer lugar, Carvajal trae a colación el dilema sobre la representación misma: cómo hacer una realidad visible a la otra; cómo cambiar la substancia de una para hacerla aparecer como la otra; cómo, fundir las tecnologías retóricas de lo viejo con la presencia irrepresentable de lo «nuevo.» En estos esfuerzos, sus ansiosas descripciones concuerdan con las observaciones de Roland Barthes sobre el predominio de substantivos como signo del «*enorme consumo de conceptos necesarios para cubrir la realidad*» (Spurr:1993), tanto como con la afasia metonímica de Jakobson como forma de ansiedad. El resultado es la sobreposición de capas de significación que produce palimpsestos, mismos que oscurecen aún más los signos fundadores.

Pero, además de este desajuste entre visión empírica y modelo cultural que en lo estético viene a rendir un paisaje agradable, un *locus amoenus* de fácil traslado a las utopías agrarias, donde lo bello y lo utilitario convergen, hay otro desajuste más grande que se manifiesta en la discrepancia entre el espíritu épico heroico y lo grotesco de las necesidades del cuerpo -lo visceral y carnal expresado en el hambre, el miedo, la locura. La tensión dramática entre estos dos modos narrativos consiste en el contrapunto de lo que Northrop Frye llama una mimesis alta y una baja, que producen la visión y sensación de esta naturaleza y región amazónica en particular como algo amenazante, que a su vez transmite a pie juntillas el efecto de susto y de suspenso que es la idea misma de la frontera. Como protagonista, la región viene a ser el telón de fondo de una empresa más grande, que solidifica los parámetros de una tradición continuada hasta hoy.

En lo que respecta al miedo, uno de los aspectos recurrentes que organizan la narrativa es la presencia de un ojo narrativo preocupado que a su vez; constituye un tipo de sujeto imperial a la vez intrépido y amenazado. Sus pericias dan cuenta de lo que W.J.T. Mitchell llamará el género heroico, que vendrá a ejercer gran influencia, sobre la ficción contemporánea - por ejemplo, en Vargas Llosa y Carpentier. Épica significa hacer que

los protagonistas humanos atraviesen espacios sobrehumanos –enormes corrientes, remolinos, confluencias –, que conforman la sintaxis de lo heroico, y el espacio de lo simbólico-sublime donde estos mismos protagonistas, simples mortales desposeídos, a manera de Rambos y Cyborgs del siglo 16, confrontan peligros inéditos. La película *Aguirre, la ira de Dios* de Werner Herzog ofrece un contrapunto romántico, una idealización pictórica de cómo el ojo moderno alemán lee este momento colonial, reimagina lo que otros europeos imaginaron y perpetua el sentido de caos originario con que queda *ab initio* marcada la región.

Pero lo que vale relevar en el cruce entre el miedo y la ambición es el apareamiento de la frontera-orilla con las etnias, que cierra por siempre el imaginario de las tierras vacías. Carvajal escribe:

*[a]l final de dos leguas, después de avanzar hacia abajo del río, vimos venir desde arriba del río a supervisar y reconocer la tierra cuatro canoas llenas de indios y, cuando nos vieron, se dieron vuelta a gran velocidad, dando la voz de alarma, de tal manera que en menos de un cuarto de hora oímos en los caseríos muchos tambores desde lejos y tan bien entonados que tenían su bajo, tenor y alto en armonía (1934: 173).*

Si al principio el ojo narrativo percibe y describe tierras vacías, territorios deshabitados, la presencia de canoas y aborígenes logra la fusión entre las descripciones naturales, geográficas y las humanas etnográficas.

Pero ¿qué tipo de etnografía es ésta? A simple vista, es un naciente oficio de levantamiento de datos para describir las sociedades aborígenes a través de analogías pensadas como el reverso de lo europeo; un oficio que nombra, aísla y subraya los rasgos que unifican esos grupos humanos en términos numéricos, al mismo tiempo que los restringe a tipologías según su organización social y tecnologías en uso. Como propone de Certeau siguiendo el trabajo etnográfico fundador de Jean de Léry, el oficio se organiza «*alrededor de dos cuestiones estratégicas, el canibalismo y la poligamia*» (1986: 69), categorías fundadoras usadas al máximo en el siglo XXVII por

los jesuitas Francisco de Acuña y Francisco de Figueroa y hasta hoy, antes de que los antropólogos empezaran a reflexionar sobre sus propias condiciones de producción discursiva. Mas, como propone Arjun Appadurai hablando de números, *«estos problemas ... presuponen cuestiones de derechos (¿cuáles son tus derechos?) y clasificación (a qué grupo perteneces y dónde se localiza en el paisaje político)»* (1996: 114). Clasificación y enumeración, los censos son las tecnologías anatómicas y viscerales para producir el organismo de lo extraño, la diferencia que dará espacio y oportunidad a los interceptados imaginarios de *terra nullis* como, tropicalismo.

Así pues podemos concluir que mientras la estética unida a lo agrario utilitario sirve para la proyección del yo Europeo, en el «nuevo» territorio, la etnografía sirve para empezar a formar las ontologías de lo indígena. La etnografía construye la red de conceptos para interpretar todos los encuentros subsiguientes, muy útiles a geógrafos y comisionados del XIX, a empresarios e investigadores del desarrollo, en el XX. Además de la poligamia y el canibalismo, otro de los tropos fundadores íntimamente relacionados a ellas es la distinción de la gente en gente «de guerra» o «de paz.» Como veremos en las narrativas subsiguientes, la cuestión preponderante no es la guerra sino la paz, que queda ajustada en la poligamia, por donde entrará a operar con toda fuerza el discurso religioso.

En esta secuencia oximorónica podemos ver desde luego en operación el principio de contradicción donde una naturaleza vacía esta ampliamente poblada; unos «Indios» de guerra siempre les dan de comer a los europeos; los bárbaros llevan en su cuerpo adornos de oro finamente trabajados. En conclusión, esta etnografía no proporciona mucha descripción excepto cuando hay guerras; no habla de la vestimenta excepto cuando, hay de por medio oro; ni de las casas excepto cuando cumplen funciones religiosas.



## Narrativas de guerra:

Los paisajes del ojo predador y la economía política  
«Indios de paz y de guerra»

A fin de entender la distinción entre indios «de paz» e indios «de guerra» es necesario examinar primero la relación entre geografía y etnografía, esto es entre, fronteras naturales y fronteras humanas y distinguir en ellas cómo, el discurso de la guerra y del hambre o el de la producción de alimentos vienen a constituir aquella historia sumergida en el discurso exploratorio que la crítica se propone, desentrañar. En esta sección final me propongo demostrar cómo, guerra y hambre son los otros dos tropos indispensables para entender la relación aborígenes-europeos como, encuentros o enfrentamientos.

Primero que nada tenemos que introducir la idea de la constitución del sujeto como ser en medio de la naturaleza. En la narrativa de Carvajal, el ojo que mira y organiza la naturaleza, como sugiere Jay Appleton en «The Experience of Lands,» es un ojo de «comportamiento animal»; es el ojo del predador que pasa revista al paisaje transformándolo con su mirada «en un campo estratégico, en una red de prospectos, refugios y peligros» (1967: 16), «viendo la comida que permanece quieta y los enemigos que se mueven» (en palabras de Shepard). La disposición predatoria de este ojo que narra es notoria en la fijeza y enfoque de su percepción, pero también en la mirada panóptica, a veces deliberada y artificialmente fuera de foco - imagen borrosa y profunda que florecerá en el Periodo Romántico del claroscuro sublime alemán, reactualizada en las películas, clara cuando entiende, borrosa cuando se confunde<sup>2</sup>. Esta mirada panóptica imperial es tam-

<sup>2</sup> *At Play in the Fields of the Lord*. Film. Director, Hector Babenco; productor, Saul Zaents; música, Zbigniew Preisner; Tom Berenger, John Lithgow, Daryl Hannah, Aidan Quinn, Tom Waits, Kathy Bates. Basada en la novela de Peter Matthiessen con el mismo nombre de Universal Pictures, 1991; *Fitzcarraldo*. Dir. Werner Herzog. Munchen: C. Hanser, 1982. videorecording Burbank, Calif Warner Home Video, 1983, 150 min. Klaus Kinski, Claudia Cardinale. German dialogue, Subtítulos en inglés. Producida por Werner Herzog y Lucki

bién la que más tarde tendrá el constructor desarrollista y que será afinada con la ayuda de toda clase de tecnologías ópticas y lentes, desde los binoculares al láser que ayudan a enfocar y sobrepasan con mucho las cualidades binoculares del ojo natural, tal como lo podemos ver en los imaginarios postmodernos de los Cyborgs.

En el discurso de Carvajal podemos vincular la mirada imperial al comportamiento animal en la medida que narra el territorio como peligroso. Pero esta dinámica de interacción entre el hombre europeo, la naturaleza americana y la gente aborígen es muy compleja porque se presta a todo tipo de transferencias cruzadas. La figura *«del hombre natural [de Hobbes en Appleton] que se esconde en las profundidades para saltar sobre su presa y esquivar al predador»* (1967: 16) es muy pertinente a las narrativas de la jungla en el Amazonas pero sólo se aplica parcialmente al ojo imperial porque éste no sólo se preocupa por la defensa -aun cuando ésta es importantísima-, sino también por la ofensa. Mas el «hombre natural» no es un predador a menos que se le atribuyan características animales (tales como el canibalismo), que en el Amazonas vendrían a ser convenientemente transferidas a los aborígenes, sobre todo a los «Indios de guerra.» Es la presencia de la gente y la propia percepción europea de la misma como etnias lo que produce esta metamorfosis de gente en animal. Mas, bien considerado, en este sentido, y en este momento, el animal de presa es realmente el explorador, en la medida en que está dispuesto a todo a fin de implementar su diseño -a tomar posesión, a instalarse, a extraer e invertir- y la tesis de Mitchel de que *«los rasgos semióticos del paisaje... están hechos a medida para el discurso del imperialismo»* (1967: 17), es muy pertinente, aun si en la dinámica humano/predador del discurso colonial la catacrexis, como metáfora mixta, hace que el vehículo portador de lo animal amenazador quede encarnado en el aborígen. Queda claro, sin embargo, que es el explorador como agente del

---

Stepetic; escrita y dirigida por Werner Herzog; música, Popul Vuh. *Burden of Dreams, The* (1982). Dir. Les Blank y Maureen Gosling, Flower Films, 1982; *Aguirre, The Wrath of God*. Dir. Werner Herzog. Con Klaus Kinski, Helena Rojo, Del Negro, y Ruy Guerra. New Star Video, 1988; *Emerald Forest*.

discurso quien transmuta la naturaleza bella y utilitaria en frontera salvaje, el jardín y la huerta en campos de batalla. Una vez concedido que el ojo imperial es predador, que se esconde para atacar, que es cuidadoso en su defensa, estas estrategias son las que arman su discurso. Es este ojo transcodificador el que inserta su cultura y civilización en "lo natural" en forma de estética que luego viene a fundirse y confundirse con sus prospectos, proyectos, ciudades, futuros desarrollos y explotaciones y guerras.

El otro lado de esta misma cuestión es que tan pronto como la naturaleza viene a presentar las posibilidades de ser algo más, la épica exploratoria da paso a las narrativas de colonización que vienen de la mano de la idea de ciudades. La noción de jurisdicción, derechos de propiedad, títulos, entra inmediatamente en juego y todos los peligros, sustos y desasosiegos ligados a la polis vienen a añadirse a la frontera. La intuición de asentamientos humanos produce así una doble articulación del sentimiento y la conciencia, subjetividad y empiria: primero el miedo y enseguida, para compensarlos el efecto de minimizar el paisaje y transformarlo de grandioso y heroico en un temprano pintoresco, donde el peligro y las dificultades desaparecen y una 'tierra muy linda' y una 'tierra muy fructífera' se funden en la visión de paisajes transformados en ambientes sociales, ricas ciudades interiores. Tal como podemos leer en la prosa de naturalistas, geógrafos, comisionados políticos y ex plantadores del XIX, a través de los paisajes pintorescos los espacios naturales devienen unidades administrables. En el siglo XVI, la jungla viene a ser un imaginario jardín cultivado, un huerto, *locus amoenus* -una tradición retórica inaugurada por Cristóbal Colón en las Antillas que constantemente releemos en el trabajo de los frailes y oidores de Centroamérica tales como Gonzalo Fernández de Oviedo o Fray Fernando de Espino.

En los ejemplos concretos de Carvajal se mezclan una panoplia de emociones que subrayan las intersecciones entre el ojo predador y el ojo productivo, ahora transformando la naturaleza en riqueza, comida, especies; ahora enfrentando la empiria en la hostilidad de la gente «de guerra.» En Carvajal, el paisaje está marcado por la abundancia. El escribe lo siguiente:

*“...En este país el cacique tiene varia ovejas ... es muy rico en plata, según nos dijeron todos los «Indios,» y el país es, muy placentero y atractivo y muy abundantemente suplido por toda clase de comida y frutas, tales como piñas y peras, que en la lengua de Nueva España se llaman ‘aguacates,’ y ciruelas y manzanas y muchos otros tipos de fruta de muy buena calidad...” (1934: 203).*

Nunca es claro si Carvajal está realmente viendo o imaginando. Lo cierto es que las ciudades de Carvajal se conciben en términos agrícolas; son análogas a las de las islas del Caribe concebidas por Colón. Para Carvajal, el cultivo de la tierra es evidente en las trazas de campos quemados que su ojo productivo percibe; en la crianza de animales, en la observación empírica de pastos que crecen justamente como en España *«mejorana y zacate de todos colores y tipos, y muchos otras buenas hierbas»* (217). Plantar, cultivar, criar animales, pesca, mas la abundancia de bosques de pinos y caoba dura, son pruebas suficientes de la cornucopia que ofrecen las amplias sabanas y bosques.

Pero, como informan las narrativas de Francisco de Acuña y Francisco de Figueroa a Hernando Cabero, cabeza provincial de la misión de los jesuitas en Quito en 1661, y que en Francisco Xavier de Mendoza Furtado y Cortés y Larraz, no hay ciudades, sólo hay algo que se puede llamar parcialidades, rancherías, habitaciones, reducciones, pueblos, misiones, naciones, para señalar algún principio de organización jurisdiccional. Algunas de éstas son tan pequeñas e inhabitables por remotas que ni los mismos sacerdotes pueden quedarse ahí, *«Así, a más no poder, se ha de procurar sacar los tales indios a donde puedan morar con doctrina y comunicación, y ser corregidos y dirigidos por la justicia, sin la cual no se entablara cosa»* (Figueroa 1986: 202).

Hablando de ciudades de Léry explícitamente asegura que «no hay ciudades», que el lugar donde viven los Tupinambas debe ser más propiamente llamado «villorio,» caserío (1975: 116). Un pasaje de su texto refiriéndose a las ciudades ilustra no sólo la semántica de las ciudades sino

también habla abiertamente de la localización geográfica de las culturas. Dice:

“...Es un hecho curioso de notar que los brasileños, quienes acostumbran a quedarse sólo cinco o seis meses en un lugar, se llevan con ellos las grandes piezas de madera alta llamadas plantas de pindo, con las cuales hacen y cubren sus casas; así se llevan sus poblados de lugar en lugar. Esto, sin embargo, todavía retienen sus nombres anteriores, de tal manera que hemos encontrado villorios a una cuarta o media legua de distancia de la localización donde los habíamos visitado antes...” (mi traducción 1975:159).

No las ciudades sino más bien la reducción de la población a pueblos cierra un circuito que comienza en el momento del encuentro/confrontación. La reconfiguración de las fronteras en campos, huertos y prados, emerge justo junto a la obliteración física y/o simbólica de los indígenas reflejados en el espejo del discurso. Lo que empieza como cartografías de territorios desconocidos, lo que Humboldt vendrá a llamar «Bosques Primordiales» y que la crítica llama el vacío (*terra nullis*, *terra incognita*), se transforma en denodada lucha por la aculturación o desculturación de las socialidades, esto es, en la transformación de los «Indios de guerra» en «Indios de paz.»

Ya vimos anteriormente cómo la organización social se clasifica por medio de una vasta gama de divisiones jurisdiccionales. La distinción anterior entre indios «de paz» y «de guerra» se refiere sin duda al reconocimiento que las tierras son de alguien. El territorio, dice Carvajal, pertenece a los diferentes caciques -a Aparia el grande y el pequeño, a Machiparo, Celis, Ica, Oniguayal, Omagua, Paguana, Tinamoston, Arripuna, y Nurandalguguaburabara- 11 en total. Así, las distinciones entre *terra nullis* y territorios ocupados sale a la superficie en la representación onomatopéyica de los nombres de los caciques cuyo territorio los españoles narran. Repitiendo a Carvajal, Acuña explícitamente nos dice que:

*“...Sesenta leguas más abajo de Tunguragua comienza la mejor y más dilatada provincia de cuantas en todo este gran río encontramos, que es la de los Aguas, llamados comúnmente Omaguas, impropio nombre que les pusieron quitándoles el nativo, y ajustado a su habitación, que es a la parte de afuera, que esto quiere decir Aguas...”* (Figueroa 1986:72).

Es claro que la agencia humana explica los conflictos de y en la frontera y marca indeleblemente la naturaleza, predatoria del ojo panóptico imperial. Si los territorios pertenecen a alguien, los conflictos deben formar parte del imaginario europeo porque la tierra debe ser tomada por la fuerza o la persuasión -en guerra o en paz. Mucho antes de que Raleigh introdujera el discurso político en el natural y etnográfico, Carvajal ya lo había hecho indirectamente. Su «descubrimiento» del río Amazonas, además de ser una descripción física de la navegación del río es también una narrativa de guerra. La guerra es la historia no contada, o la historia que no cuenta, el residuo de las etnografías, eso que subyace a las narrativas de exploración y colonización tanto como a las de investigación y desarrollo.

Como es de notar en otras instancias de construcción de topografías, la guerra resuelve los conflictos jurisdiccionales, -pasados y presentes. Así pues, si la invención de América es discursiva, y es a través de tropos y motivos discursivos que leemos, uno de los tropos más recurrentes es el de la guerra. La guerra inserta la agencia humana aborígen en la narrativa y realiza una serie de desplazamientos disciplinarios. La información sobre la gente transita de la etnografía a la historia; de la geografía a la política, de los proyectos de la civilización a los de la barbarie. La guerra es escritura con sangre; habla de territorialidades y jurisdicciones y matiza la idea del espacio en blanco indígena, del vacío que empezamos argumentando al principio de este trabajo. La guerra modifica la idea de Tzvetan Todorov sobre la falta de escritura que impide a los indígenas entrar en el debate simbólico y da razón a Cornejo Polar y de Certeau que argumentan que los conflictos marcan comienzo y final de la historia de la escritura.

Justamente para desenredar el conflicto que conlleva la guerra, los teóricos post-coloniales han tomado el papel de abogados defensores y fiscales en el examen minucioso del texto colonial que pide a gritos tales funciones. Si ponemos atención a la genealogía de la guerra, las narrativas del Amazonas hablan, hasta el día de hoy, de una guerra prolongada. Una de las entradas posibles al desentrañamiento de estos enigmas que Ranajit Guha llamara las pequeñas voces de la historia, es el que proporciona la elipsis como momento del silencio en el cual algunos de los términos reales del encuentro/confrontación ocurren y no son reportados. No hay duda que lo único que tenemos a mano de ese pasado es una realidad discursiva que, como reclama de Certeau, es inventada e invertida. En esta narrativa, la discrepancia entre «de paz» y «de guerra» establece la división entre el aborigen narrado. Pero cómo distinguir el uno del otro se deja a la imaginación del lector. Quizás la distinción se basa en que unos les traen comida y otros les hacen la guerra. Pero ¿cómo ocurre esta división? Quizás encontramos una clave en eso que de Certeau, llama «espacio de interacción,» Mary Louise Pratt «zona de contacto,» Homi Bhabha «tercer espacio.» Para entender la naturaleza de este espacio, téngase en cuenta que los españoles, animales de presa según la metáfora de Appleton, llevan a cabo una ofensiva total contra las poblaciones.

El acercamiento de los grupos no es por tanto realizado en palabras -aun si hay enunciación de palabras-, porque las palabras son sonidos vacíos, aire, ruidos, vientos. En su lectura del «diálogo de Cajamarca» Cornejo argumenta que, *“la mutua extrañeza y repulsión recíproca agresiva”* (1994:26) entre los contendientes es un punto de «fricción total», *«un encuentro entre la oralidad, que en este caso queda formalizada en la suprema voz del Inca, y en la escritura, que en este episodio permanece encarnada en el libro occidental, la biblia, o en cualquiera de sus subsidiarios [tales como las narrativas de exploración]»* (1994:27). Total falta de entendimiento es lo que Cornejo propone. En el siglo XVIII, Vieira y de Mendonça ampliamente atestiguan estos problemas- es imposible aprender la diversidad de lenguas. Una de las anécdotas de Léry dice:

“...Cuando llegamos ahí, inmediatamente me encontré rodeado, de salvajes, quienes, me preguntaban ‘Marapé-derere, marapéderere?’» que significa «¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas? (que en ese momento no entendí mejor que el Alemán Culto)...» (1975: 162).

Y Figueroa recuerda que:

“...No se pudo a la subida de la armada averiguar con fundamento cosa alguna de cuantas se encontraron en este río, porque jamás tuvieron lenguas con quienes hacer la inquisición, y si de algo les pareció a los portugueses que podían dar razón, era de lo que por señas, habían entendido, las cuales eran tan inciertas, que cada uno las aplicaba a lo que tenía en su pensamiento...” (Figueroa 1986:77).

¿Cómo se lleva a cabo este encuentro entonces; cómo se articula la dinámica encuentro «de paz» y confrontación «de guerra» en la discursividad? Los críticos siempre nos encontramos frente a dilemas como éste. La aguda tesis de Greenblatt de que los cronistas eran mentirosos y la mentira el principio de su formación discursiva se sitúa en este tercer espacio entre los signos que revela los malentendidos del lenguaje, la necesidad de inventar lo que de Mendonça llama una *giria* (jerga), la capacidad de reinterpretar todas las testimonialidades señaladas por los «él dijo,» signos introductorios al terreno de la hermenéutica, donde lo que sea que es dicho, todavía no ha sido averiguado e interpretado por los traductores - lenguas. En su lectura, de *Los Cantabales* de Montaigne, basado en las *Historias* de Herodoto, de Certeau dice que:

“...al especificar las operaciones que produce un espacio ‘bárbaro’ distinto del espacio griego [Herodoto] multiplica las marcas iterativas (“vi,” “ot,” etc) y las modalidades (es obvio, dudoso, inadmisibile, etc.) que en relación a las ‘maravillas’ contadas..., organizan el lugar en el cual [el sujeto que escribe] gustaría hacerse otr y creer...” (1986: 68).



Ernesto Laclau habla de esta misma operación lógica como traducción y dice:

*“...Sólo si el más allá viene a ser un significante de pura amenaza y negatividad, del simplemente excluido, puede haber límites y sistemas.... Pero para [eso] ... las varias categorías de lo excluido tienen que cancelar sus diferencias por medio de la formación de cadenas de equivalencias de aquéllo que el sistema demoniza para significarse a si mismo. De nuevo vemos aquí la posibilidad de un significado vacío anunciándose a si mismo a través de la lógica en la cual la diferencia colapsa en cadenas de equivalentes...”* (1996:38-39).

Haciendo eco a de Mendonça, Greenblatt explica lo absurdo de la frase «se entendían» y nos obliga a reflexionar sobre el uso de signos y lenguaje a señas. Nos dice que el lenguaje por señas no es necesariamente transcultural, e ilustra cómo, en ciertos momentos, escenificar la amistad por medio de un baile, digamos, se interpreta inmediatamente como una declaración de guerra. Durante todo el viaje de exploración, los lugares de encuentro, espacios y palabras, son peligrosos. Por eso es que queremos fuertemente subrayar el aspecto de la construcción de mapas y paisajes como narrativas de guerra. Las narrativas coloniales son, a la vez, narrativas de exploración y exterminio -el exterminio es el significado sumergido en las narrativas triunfales del desarrollo. En *Aguirre*, el lenguaje de los aborígenes es significado por medio de todo tipo y tamaño de lanzas, siempre localizadas en el momento en que atraviesan los órganos vitales, la yugular, el corazón, el hígado. Como dice Alfred Métraux:

*“...Las relaciones de guerra de los blancos con la mayoría de las tribus de Indios ha contribuido grandemente a la multiplicidad de referencias a las armas desde los primeros cronistas hasta nuestros días. En muchos casos las armas son el único aspecto de la cultura nativa que conocemos. Los viajeros siempre muestran un interés particular en las armas...”* (mi traducción) (citado por Gheerbrant 1988:99).

En Aguirre, los aborígenes son representados figurativamente: un pedazo de piel café-rosado fuera de foco en el momento de huida, o el mismo café-rosado recortado contra el fondo negro o verde brillante del bosque. En la película *Esmerald Forest* (1985) el uso de flechas, dardos, lanzas y el color de las plumas es la única tarjeta de identidad para diferenciar «de paz» y «de guerra,» - a «los fieros» de «los murciélagos» de «los invisibles» de «los termitas» - gente (blanca) que «viene al mundo a comerse todos los árboles del abuelo.»

Una manera de llegar a algún acuerdo en la discusión sobre la dinámica establecida por el encuentro/confrontación, paz/guerra, ha sido el argumento sobre la superioridad de las armas -dardos y flechas contra rifles y cañones. Pero en Carvajal no hay gran abundancia de armas. De hecho, el incidente de la pérdida de un tornillo que se encuentra después dentro de un pez que agarraron pescando río abajo -un incidente que va a reemerger sorpresivamente en la reescritura irónica de las narrativas españolas por los ingleses como Monk Lewis en sus viajes hacia el Caribe -es usado como una señal de la escasez de armas; de la escasez de hierro para hacer clavos para construir balsas- poéticamente cinematografiadas en technicolor por Herzog en *Aguirre*. Pero en este incidente y argumentación también existe la mediación de las estrategias, discursivas. Como Cornejo escribe para el caso del Inca:

*“...las secuencias textuales ... dependen en mucho de los códigos literario-historiográficos que cada quien emplea, pero también de las transformaciones de la memoria oral hispana (tema poco o nada estudiado) y de la receptividad del narrador para la memoria oral nativa (asunto examinado sólo en algunos casos); y siempre, como es obvio, están en relación con los intereses ideológicos y sociales implícitos en el sujeto del relato...”* (1994:34).

En este caso, nos preguntamos, si los españoles deben reportar que no están bien armados cuando de hecho lo están; o reportar que lo estaban cuando de hecho no era cierto. Estos son ejemplos de los frustrantes pasajes

en las narrativas coloniales que proporcionan más preguntas que respuestas. La cuestión referente a números, armas, territorialidades y derechos sirve de apoyo bibliográfico e ideativo a los encuentros tipo Rambo porque, como en la cinematografía imperial post-moderna, en Carvajal, un solo español, Maldonado, puede derrotar a un número ilimitado de aborígenes:

*“... y cuando el dicho Cristóbal Maldonado vio que los indios regresaban, reunió a sus compañeros y atacó al enemigo, y aquí ellos ... fueron mantenidos bajo control por mucho tiempo, porque habían más de dos mil indios y de los compañeros que estaban con Cristóbal... solo eran diez.... Al final tal destreza superior fue desplegada que ellos [esto es, los hombres de Maldonado] empezaron de nuevo a recoger la comida...”* (1934: 193).

Un encuentro que reporta a diez hombres peleando contra dos mil en el cual sólo se cuentan dos heridos; y en el segundo encuentro, seis heridos -ningún muerto- induce una lectura hiper moderna de estos textos como de Cyborgs contra humanos, en la cual, paradójicamente, el papel de los humanos lo juegan los aborígenes. Elipsis e hipérbole son dos de los mayores rasgos estilísticos de la idea de la mentira de Greenblatt. Pero ¿para qué mienten? Para lograr implementar sus diseños. Cuando Carvajal reclama tener una gran victoria, en vez de dar cuenta de la batalla lo que tenemos es una serie de actos de lenguaje, un manifiesto por el cual él controla la situación.

No somos los primeros perturbados por esta cuestión. Crosby recoge el argumento numérico y lo pone al servicio de la relación entre agricultura y guerra que es el punto donde quiero finalmente desembocar. El también ofrece un recuento detallado de las armas de guerra usadas en el siglo XVI. En el caso de las islas Canarias, coloca cientos de europeos con armas *«poco exactas, de tiro lento, rifles que a menudo disparaban mal, contra un gran número de arcos y muchas espadas, hachas y lanzas contra lo que al principio eran miles de guerreros valientes protegidos por armas que, aun cuando eran hechas sólo de*

*madera y piedra eran lo suficientemente mortíferas»* (1986: 84). En la narrativa de Crosby, las poblaciones indígenas eran «*fieras y numerosas,*» y sus armas poderosas: «*tiraban las piedras con la velocidad y exactitud de los arcos, quebrando los escudos en pedazos, y el brazo tras él*» (1986: 85). de Léry es de la misma opinión cuando argumenta contra los arcabuces en favor de las flechas:

“...*Ahora si a alguien en este punto dice: «Sí, pero el arcabús hace un hoyo más grande,» le replico que a pesar de los cuellos de piel de buey o aun camisas de maya uno pueda tener (a menos que fuesen explícitamente diseñados para tales propósitos) nuestros salvajes, fuertes y robustos, dispararon tan bien que penetrarían el cuerpo del hombre tan fácilmente con una flecha como otros lo harían disparando el arcabuz...*” (1975: 115).

Los isleños, argumenta Crosby estaban en su propio terreno que conocían bien. Mientras los europeos «*se movían lentamente por ranuras y precipicios, los defensores los subían con velocidades milagrosas*» (1986: 85). El argumento de armas superiores no explica nada. La supremacía en el mar sí, porque en el caso de las islas permite argumentar que los europeos confiaban en una retirada rápida y segura -que no es el caso del Amazonas donde los expedicionarios están por completo a merced de los aborígenes.

Otro argumento ofrecido para explicar la derrota de los aborígenes se refiere a sus diferencias intergrupales, grupos divididos, diversidad de lenguas habladas -este argumento apoya la lectura de Raleigh de la localidad- y el factor ideológico, lo que se ha llamado el mito de que los hijos del sol regresarían algún día, que Herzog repite desvergonzadamente en su *Burden of Dreams*. Crosby insiste en que «*los metales, trajes, dioses, y mismo ser*» de los europeos ejerció una fascinación total sobre los aborígenes, lo que «*tendió a restarles la resolución de rechazar completa y violentamente, si fuese necesario, todo contacto con estos peligrosos extranjeros*» (1986: 86). En el caso de los Mayas, Inga Clendinnen también estudia esto mismo llegando a la conclusión de que los indígenas carecían de la idea de guerra total, y cuando ya habían logrado sacar a los españoles de su territorio, los dejaban replegarse en paz, lo cual les permitía reagruparse y volver sobre ellos hasta rendirlos.

Leyendo en reversa, Crosby disminuye la importancia del oro y la plata y subraya el uso del hierro, un metal irresistible para hacer instrumentos de pesca, uniendo asimismo sus argumentos sobre la guerra con los de la vida cotidiana, lo que llamo narrativas agrarias del hambre, que en Carvajal dan origen a las historias de producciones agrarias y arcadias utópicas. Prueba de la naturaleza permanente del lexema del hierro en Crosby es la repetición hoy del tropo en las narrativas contemporáneas del Brasil tales como las de *Quarup* de Antonio Callado. A los tropos ordinarios -la desorientación cultural o la reorientación causada por desorientación misma del encuentro, el poder del alfabeto- Crosby añade la agricultura, las formas de vida que los europeos trajeron consigo y que hizo oscilar el paisaje ecológico grandemente:

“...Su extensa familia de plantas, animales, y microvidas -descendientes, muchas de ellos, de organismos que los humanos habían primero domesticado o que habían primero adaptado a vivir con seres humanos en el centro de la civilización del Viejo Mundo... Este sobre todo biológico fue crucial a su éxito en este grupo de islas y de sus éxitos -y errores- posteriores y por doquier...” (1986: 89).

La agricultura es la raíz de todo: para la población indígena, porque para defender sus territorios tiene que abandonar sus ciclos productivos de vida, dejar de lado la producción de granos y el cuidado de animales. Es decir, lo que da cuenta de la derrota es la preservación y producción de comida. La comida, entonces, es otro de los protagonistas importantes en la construcción de «*lo nuevo*». Cristina Iglesias llama a las rutas de exploración rutas del hambre y habla en este caso de cómo en su descripción de los grupos aborígenes Urico Schmidl nota y escribe primero sobre la comida:

“...[también] tienen ellos gran provisión de trigo turco, mandiotín, mandioca-pepira, mandeporí, batatas, maní, bocaja y otras raíces más, que ahora no se pueden describir. También tienen para carne venados, ovejas indias caseras y ariscas, avestruces, patos, gansos, gallinas y otras volaterías más que en esta vez yo no sé escribir todas...” (1987:22).

En el caso de Carvajal, el hambre toma posesión de su narrativa y provoca la primera confrontación entre aborígenes y españoles. Comida y riqueza divide a los aborígenes entre «de paz» y «de guerra.»

En resumen y para terminar, el análisis post-colonial del discurso descubre la naturaleza paradójica y oximorónica de la construcción de las narrativas de exploración. Queremos terminar con el tópico del hambre porque él logra hacer oscilar el discurso de lo heroico a lo grotesco, de lo sublime a lo viseral, de lo cultural a lo empírico. En la expedición de Carvajal como en la de Aguirre, como en la de Schmidl los protagonistas siempre tienen hambre. Víseras y órganos vitales también trazan el itinerario de estas cartografías que hacen posible la victoria de cincuenta y siete hombres contra miles de aborígenes. ¿No es acaso paradójico que el hambre y la guerra sean los pilares de la producción cultural? Siglos más tarde, y repitiendo el tema de la entrada al Amazonas por Perú y el tema del hambre, en un afán de justicia poética, Alejo Carpentier va a escenificar en *Los pasos perdidos* un enorme banquete Caribe en medio de la jungla. El hambre humaniza el encuentro y cambia el mimético heroico por el mimético, grotesco. Esos son los altibajos del oficio.

#### NOTA

No olvidemos mencionar que la Amazonía es nombrado por las mujeres. El mito de esas guerreras que da el nombre a la región, habla del miedo al poder de la mujer tanto como el de la mujer constituida en territorialidad. Pero paradójicamente, una vez más, como en las narrativas de frontera norteamericana a la usanza de Daniel Boone y de muchos otros empresarios de montaña en los EEUU, el viaje al río Amazonas es siempre una empresa masculina.

GUHA, Ranajit

- 1996 «*The Small Voices of History.*» *Subaltern Studies IX. Writings on South Asian History and Society.* Shahid Amin y Dipesh Chakrabarty (Eds). Delhi: Oxford University Press: 1-11.

IGLESIA, Cristina y JULIO SCHVARTZMAN

- 1987 *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista.* Buenos Aires: Catálogos Editora.

KOLODNY, Annette

- 1975 *A Land Before Her. Fantasy and Experience of the American Frontiers, 1630-1860.* Chapel Hill and London.

LACLAU, Ernesto

- 1996 *Emancipation(s).* London: Verso.

LÉRY DE, Jean

- 1975 *Histoire d'un voyage fait en la terre du Bresil.* Jean-Claude Morisot (Ed); index des notions ethnologiques par Louis Necker. Geneve: Droz.

MICHAELSEN, Scott

- 1995 «*Roughing it. Under the Shadow of the Corporation.*» *Canadian Review of American Studies.* Vol. 25, Number 3, Fall 1995: 101-128.

NORTHROP, FRYE

- 1957 *The Anatomy of Criticism.* Princeton: Princeton University Press.

PRATT, Mary Louise

- 1988 *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation.* London and New York: Routledge.

RABASA, José

1993 **Inventing America Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism.** Oklahoma: University of Oklahoma Press.

RAMOS, Julio

1989 **Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX.** México: Fondo de Cultura Económica.

SANJINÉS, JAVIER

1994 **Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia.** La Paz: Bolivia: ILDIS-BHN.

SPURR, David

1993 **The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration.** Durham and London: Duke University Press.

TODOROV, Tzvetan

1984 **The Conquest of America.** Richard Howard (Tr). New York: Harper Perennial.